

CARRIEDO, Gabino-Alejandro, Poesía, edición de Concha Carriedo y Antonio Piedra, Valladolid, Fundación Jorge Guillén, 2006, 1018 pp.

Con la publicación de este libro, conmemorando el veinticinco aniversario de la muerte de su autor, los amantes de la Poesía, con mayúsculas, están de enhorabuena, pues ahora pueden acercarse a la producción íntegra de Gabino-Alejandro Carriedo (1923-1981) uno de los poetas más singulares y originales de la segunda mitad del siglo XX. La salida a la luz de esta magna obra, largamente esperada y reclamada por muchos, ha venido además a echar por tierra algunos tópicos que sobre la figura de este autor habían pesado demasiado al ser comúnmente reiterados hasta la saciedad. Y no nos referimos simplemente a las consabidas etiquetas que, por su facilidad y su simpleza, vienen a sobrar cada vez más a la hora de acercarse a un creador tan complejo como el que aquí nos ocupa, sino también a esa idea tan largamente extendida y enarbolada casi como dogma de fe de que Carriedo había alternado, a lo largo de su trayectoria, fases de gran fecundidad creativa con otras de hondo silencio. Este libro viene a mostrar que no sólo estos silencios estuvieron dotados de no menor

fecundidad que el resto de su trayectoria, sino que también nos revela, por si aún pudiese quedar alguna duda, que su compromiso con la palabra poética (y por ende con la creación artística) iba más allá de lo que fáciles simplificaciones puedan hacer creer. Compromiso con el arte y consigo mismo, aunque no tanto con las capillitas y corrillos que nunca atrajeron demasiado a un poeta heterodoxo y rebelde como éste, siempre independiente y fiel a un dandysmo propio tan original como incómodo para muchos.

Muchas de estas cualidades, así como la de “oculto poeta mayor”, son expuestas aquí por Fanny Rubio en un acertado prólogo, en el que nos recuerda cómo su poesía “suma de misterio, sorpresa y experiencia” ha influido más de lo que se suele citar “sobre los que, después de él, se han vinculado, aprendiendo de él, a las páginas de las revistas de experimentación contemporáneas”. E insiste esta autora además en que estaríamos así ante “uno de los poetas españoles de los últimos treinta años en el que se integran verticalmente, a manera de profundidad, una serie de escuelas y facetas originales” que irían desde el Regeneracionismo y el

Tremendismo a las raíces de esa poesía de la introspección más cercana en el tiempo.

El lector familiarizado con la obra de Carriedo disfrutará gratamente, pues, con la lectura de sus primeros sonetos inéditos hasta ahora, escritos en 1945. Son diez composiciones de estirpe áurea en las que se muestra, de modo muy palpable, la influencia quevedesca en momentos como ese “hueso prisionero de mi hueso” con que termina el número II, que recuerda el “polvo enamorado” del poeta barroco, así como en las alusiones al amor constante más allá de la muerte o al paso del tiempo inexorable.

En su etapa Tremendista, vinculada a un tipo de lírica en la línea del regeneracionismo noventayochista, así como del expresionismo poético del Dámaso Alonso de Hijos de la ira y de los poetas de Espadaña, encontramos dos libros singulares, *Poema de la condenación de Castilla* (1946) y *El cerco de la vida* (1946-47). De este último, que (aunque había sido enviado por Carriedo al Adonais en 1947) se editará póstumamente en 2002, resulta especialmente interesante el tercer bloque, un magnífico conjunto integrado de nuevo por sonetos relacionados por su impecable factura con los antedichos de 1945, pero que también se englobarían en una tradición de la poesía de los objetos que hundiría sus raíces no sólo en el siglo de Oro, sino también

en el Futurismo o en algunos poemas de Miguel Hernández como el soneto “Ascensión de la escoba”, por citar un ejemplo. En cualquier caso, en ambos poemarios se palpan esas influencias tremendistas y noventayochistas mencionadas que nos presentan, mediante una tensión expresiva constante, a un yo exaltado frente a las inclemencias del mundo que lo circunda. Cabe criticar aquí el hecho de que la versión de este poemario incluida en el libro no sea la original de 1946, sino la que Carriedo llevó a la imprenta en una revisión del mismo publicada en 1964. Es lógico que el criterio ortodoxo de edición obligue a incluir siempre la última versión del autor, sin embargo quien tenga oportunidad de cotejar ambas comprobará que la presencia de la primera sería muy necesaria para el acercamiento a una obra tan singular como ésta, pues las variantes introducidas por Carriedo en esa reedición de 1964 son tantas que casi podríamos decir, como también ha señalado Palacios (*Espéculo*, n.º34), que se trata de un texto nuevo que, como aporte más palpable, incluye la titulación de los poemas, algo que no existía apenas en la edición del 46.

Al mismo tiempo que abandonaba Palencia y la influencia del Tremendismo por Madrid y el Postismo, Carriedo, cuya curiosidad poética no tenía límites, abordó la confección de un libro de poemas religiosos inédito hasta la fecha, La

sal de Dios (1948), influenciado por el Blas de Otero de los "Poemas para el hombre" (Egan, 1948) y por el poeta religioso mejicano Manuel Ponce. Son textos impecables, de una curiosa sensibilidad, en los que percibimos de nuevo rasgos de ese influjo áureo ya comentado en los aspectos métricos (con un amplio uso del endecasílabo y del heptasílabo), influjo que, por otra parte, no era ajeno a un gran número de poetas de su promoción, espadañistas, garcilasistas, postistas o de la escuela que fuese.

Este influjo se percibe con mucha más claridad en los textos en los que la impronta postista resulta mucho más nítida. Nos referimos al conjunto de sonetos que también había permanecido inédito hasta ahora, incluidos bajo el epígrafe de "Taimado lazo (1947-1951)", de gran interés para estudiar la evolución del poeta y comprobar cómo unas influencias se iban amalgamando a otras, pasadas siempre por el filtro de su voz única y personalísima. Cabe destacar aquí la progresiva presencia de recursos muy del gusto postista, repeticiones, paronomasias, juegos de palabras, anáforas, onomatopeyas, hipérbolos, imágenes marítimas también presentes en Chicharro, pero, sobre todo, los experimentos formales: con el alejandrino (como en "Disquisición divina", por ejemplo) o en el genial "Soneto ilegal", que combina heptasílabos y endecasílabos en todas sus estrofas.

Además de apreciarse en estos textos un uso constante del humor y la provocación, llama la atención en ellos (o en las dedicatorias que los acompañan) la presencia de todo un nuevo mundo que pasa a configurar un universo poético trasunto del personal plasmado en los diarios del autor, un universo por el que desfilan sus amigos de la bohemia artística, Carlos Edmundo de Ory, Nanda Papiri, Emilia Palomo, Gregorio Prieto..., así como todo un imaginario propio o, cuando menos, compartido con los otros postistas, tal como vemos también en *La piña sespera* (1948) y *La flor del humo* (1949), los dos libros de este periodo que ya habían sido reproducidos anteriormente en la antología de *Hiperión Nuevo compuesto descompuesto viejo* (1980).

De su paso por el Realismo mágico se nos presenta el bestiario *Los animales vivos*, de inicios de los cincuenta aunque publicado por el poeta en 1966, y dos libros íntimamente ligados entre sí, *Del mal, el menos* (1952) (el primero dado a la imprenta por Carriedo tras el *Poema de la condenación de Castilla*) y *El otro aspecto*, poemario de esos mismos años que formaría parte del mismo ciclo poético que el anterior. De éste último cabe destacar la cita de George Laforgue que lo encabeza, que resultaría toda una declaración de principios, así como el hecho de que, al no haber sido publicado en vida del autor, muchos de los textos que lo

integraban, en los que se intuye ya una clara preocupación de índole social, pasarían a formar parte de libros posteriores como *El corazón en un puño* (1961), poemario que, junto a *Las alas cortadas* (1959) – lleno todo él de un evidente onirismo surreal–, y *Política agraria* (1963), representaría la personal incursión de Carriedo en este tipo de poesía etiquetada como Realismo social. Sin embargo, ni aun entonces el palentino abandonará sus claras exigencias cualitativas y su sempiterno sentido del humor y de la ironía, aprehendidos del Postismo, que lo alejarán del panfletarismo ramplón tan común en aquella tendencia.

Su interés personal y profesional por la arquitectura, las artes plásticas y la literatura en lengua portuguesa, acrecentada fundamentalmente a través de su amistad con João Cabral de Melo y su participación en la *Revista de Cultura Brasileña*, dirigida por su amigo y compañero de vicisitudes poéticas Ángel Crespo, dará como fruto un libro original y que ha sido admirado y denostado a partes iguales, por su riesgo y su complejidad compositiva. Se trata de *Los lados del cubo* (1973), un libro ligado de alguna manera al Concretismo luso-brasileño y a la influencia de los poetas de la revista *Noigandres* (1952), como Decio Pignatari, Augusto y Haroldo de Campos y Ronaldo Azevedo.

Buena muestra de su última etapa creativa serán algunos de los textos incluidos como inéditos en la ya mentada antología de *Hiperión* y que se reúnen ahora bajo el título de “*Tabla de valores (1970-1979)*”, así como dos de los poemarios publicados póstumamente que recogían composiciones de este período: el libro en portugués *Lembranças e deslembranças* (1975-1980) y *El libro de las premoniciones* (1972-1981). Junto a ellos, dos conjuntos de poemas inéditos emparentados por su forma y, en muchos casos, por su temática: “*Poemas chinos (1975-1980)*” agrupados bajo este singular epígrafe por el propio autor, y “*Esperanza todavía (1977-1981)*”. En todos estos casos encontramos una lírica de raíz más íntima y personal, centrada en el yo y su vivencia, haciendo gala de una gran condensación y densidad, así como de un gran despojamiento formal que hace que los poemas se muestren carentes de todo ornato vacuo e innecesario.

Uno de los grandes aciertos de este volumen es el de reunir con el título aglutinador de “*Las ubres de Amaltea*” (extraído de un probable proyecto de libro de Carriedo que nunca llegaría a cobrar cuerpo) un vastísimo corpus de poemas sueltos, inéditos o, en buena medida, desperdigados en infinidad de revistas. Es probable que sin el arduo esfuerzo recopilador de Concha Carriedo (responsable junto

a Antonio Piedra de esta magnífica edición), muchas de estas composiciones hubiesen llegado a perderse o a confundirse en la maraña de publicaciones sueltas que (casi siempre con más buena intención que medios a su alcance) habían tratado de recuperarlas. Su reunión en este volumen nos permite leer por fin juntos los famosos “Anónimos chinos” (publicados en *El Pájaro de Paja* y otras publicaciones análogas de la etapa en que acompañó a Crespo en la aventura del Realismo mágico), así como innumerables composiciones de más que apreciable factura y que conforman prácticamente un tercio de la producción total del poeta. Su vastedad es reveladora de, al menos, dos certidumbres ampliamente intuitidas y no siempre comentadas, a saber, la dificultad encontrada por muchos grandes autores de posguerra para publicar su obra en forma de libro y la importancia (se quiera o no, no debería subestimarse) que tendrían las revistas poéticas, tanto de la capital como de provincias, para que esta obra pudiese ver la luz y ser difundida a un público lector.

Por añadir alguno más de los muchos aciertos encontrados en este volumen podríamos referirnos a la presencia de unas maravillosas “Linternas mágicas”, diecisiete poemas escritos por Carriedo en francés, inglés y portugués (dos de estos en colaboración con António

Rebordão Navarro) que contribuyen a revelar su innegable versatilidad poética. También la inclusión (a nuestro modo de ver más que necesaria) de unas “Notas” finales que orientan al lector, teniendo en cuenta la amplia variedad y procedencia de los textos y el hecho de que más de la mitad habían permanecido inéditos en forma de libro. También, y ya a nivel meramente formal, la inclusión de ilustraciones que nos revelan la faceta plástica del poeta, apenas conocida, y que sirven, al ir incluidas en un papel de tonalidad diferente, como “guías”, para ubicarnos en el inicio de cada uno de los bloques que conforman una obra tan vasta.

Antes de terminar quisiéramos añadir dos pequeñas consideraciones que no restan la más mínima valía a un libro tan cuidadosa y elegantemente editado como éste. La primera, reiterar la mencionada ausencia de la primera edición del *Poema de la condenación de Castilla* (1946), que priva al lector de un cotejo necesario con la segunda en la que el poeta adaptó el texto a las directrices del Realismo social, deturpando, de algún modo, el sentido original. La segunda, el hecho de que, para la versión castellana del libro en portugués *Lembranças* e *deslembranças* se haya recurrido a las traducciones de Amador Palacios y no a las versiones del propio Carriedo existentes, aunque

todavía inéditas. Estas dos apreciaciones personales no ensombrecen, sin embargo, la valía de una obra tan magna y necesaria como ésta, imprescindible para acercarse por fin de forma plena a su autor y para comenzar a otorgarle el reconocimiento que injustamente se le ha negado, tratándose de un creador tan importante como injustamente poco reconocido dentro del panorama de la poesía hispánica del siglo XX.

Mario Paz González